



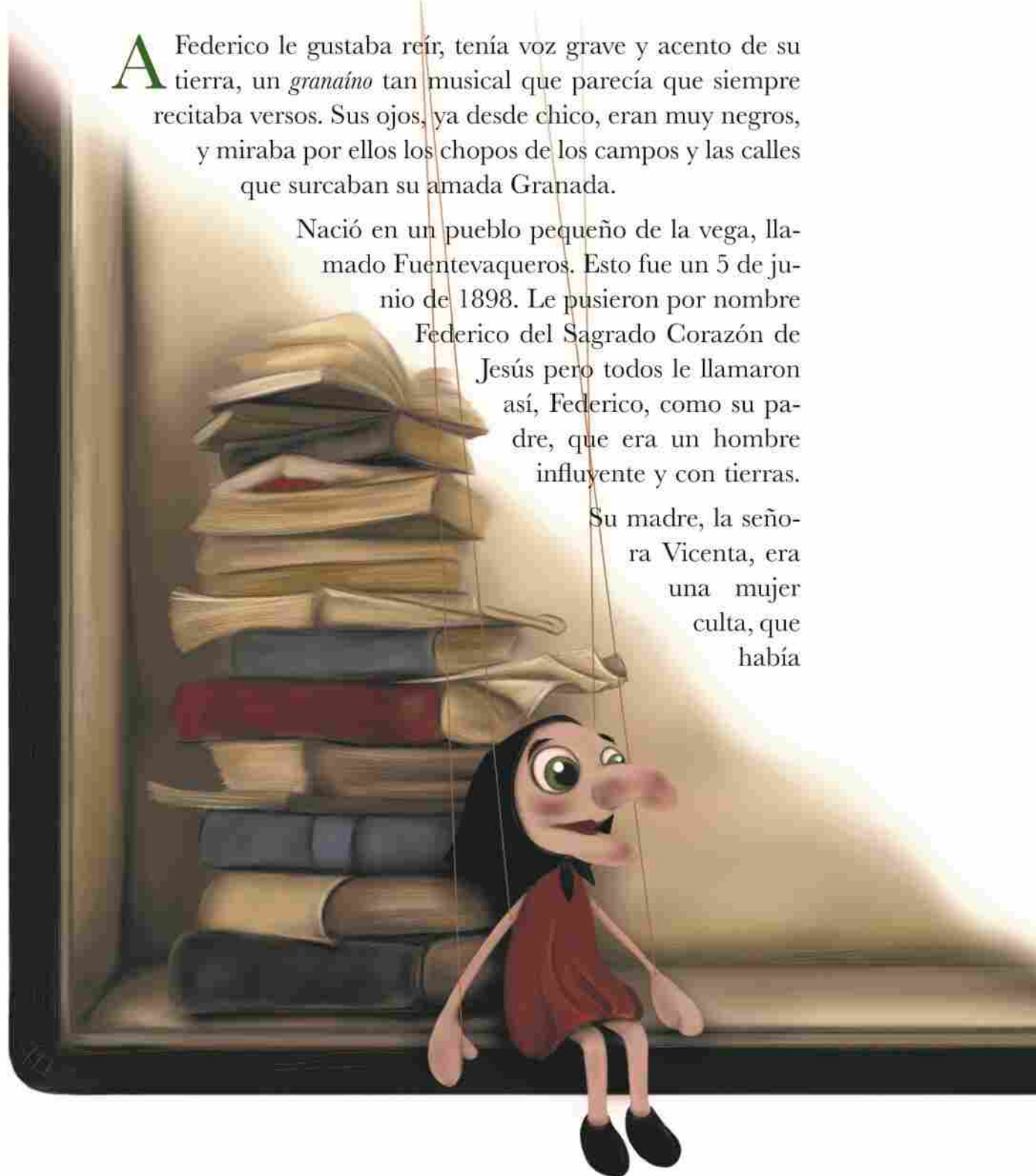
Federico García Lorca

Nació en Fuentevaqueros (Granada) en 1898. Fue un niño sensible y de gran imaginación con dotes excepcionales para la poesía, la música y la pintura. Escribió El romancero gitano, Poeta en Nueva York y La casa de Bernarda Alba, entre otras. Está considerado uno de los mejores escritores españoles de todos los tiempos, dentro y fuera de España, quizás el mejor tras Cervantes.

A Federico le gustaba reír, tenía voz grave y acento de su tierra, un *granaíno* tan musical que parecía que siempre recitaba versos. Sus ojos, ya desde chico, eran muy negros, y miraba por ellos los chopos de los campos y las calles que surcaban su amada Granada.

Nació en un pueblo pequeño de la vega, llamado Fuentevaqueros. Esto fue un 5 de junio de 1898. Le pusieron por nombre Federico del Sagrado Corazón de Jesús pero todos le llamaron así, Federico, como su padre, que era un hombre influyente y con tierras.

Su madre, la señora Vicenta, era una mujer culta, que había



estudiado para maestra por eso en cuanto Federico se convirtió en mozo pudo darse cuenta de que era diferente a los demás niños.

¿Por qué era diferente?, os preguntaréis, pues porque no solo era un niño feliz y muy inquieto, también imaginaba grandes cosas y como era muy zalamero conseguía que las criadas y otros miembros de la casa jugaran con él a hacer «teatricos» que era como jugar con marionetas haciendo representaciones.

Seguro que doña Vicenta pensó más de una vez: ¡Este chico va para autor teatral! Y no le faltó razón porque con el tiempo, Federico, se convirtió en el dramaturgo y poeta más conocido de su tiempo dentro y fuera de España.

Federico fue un niño grande toda su vida. Le gustaba gastar bromas y con sus hermanos Concha, Francisco e Isabel jugaba a interpretar las estrellas y hacer juegos de palabras.

En la casa de los García Lorca siempre hubo un piano. Lo tocaba Federico con gran maestría, lo mismo que la guitarra, y hasta hubo un tiempo que todos creían que llegaría a ser un gran músico.

Toda esa sensibilidad que tenía guardada tan dentro afloró desde la poesía. Se sentía escritor y compartía sus creaciones con sus muchos amigos, con los que quedaba en un café de la Plaza del Campillo llamado *Alameda*. Eran jóvenes estudiantes que con el tiempo llegarían a ser periodistas, políticos o músicos.

Todos, como jóvenes que eran, se tomaban la vida a risa. Se proclamaron con el nombre de «El Rinconcillo» y por derivación se convirtieron en «rinconcillistas».

Una de sus muchas gamberradas consiguió llamar la atención de los sesudos críticos literarios del momento. Tuvieron la descabellada idea de inventarse a un escritor con el pomposo nombre de Isidoro Capdepón Fernández que escribía muy mal pero lo presentaron a un concurso y hasta ganó un premio. Era la manera que tenía esa juventud de rebelarse contra la aburrida sociedad del momento.

Sin embargo, Federico, no olvidaba su vocación. Publicó *Impresiones y paisajes* y luego *Libro de poemas*. Ambos tuvieron cierto éxito y ya decían de él que tenía un gran futuro como poeta.

Pero la vida da muchas vueltas y más la poesía, que puede aplicarse a casi todo.

Un mundo de esperanza se abría para Federico que no podía dejar de aprovecharse de la fama inicial de sus creaciones. Convenció a sus padres para que le dejaran trasladarse a estudiar a Madrid y dio el primer paso para convertirse en el dramaturgo más aplaudido del momento.

Madrid, era por entonces, una ciudad de grandes oportunidades. En 1919 los intelectuales frecuentaban el famoso café Gijón y otras tertulias pero si realmente querías aprender y relacionarte con las personas más cultas lo mejor era estudiar en la Residencia de Estudiantes. Fue esta una institución modéli-



ca, adelantada en cuestión de enseñanza, en donde los alumnos aprendían a pensar antes que a memorizar, a reflexionar libremente y convertirse en futuros emprendedores. Se podía decir que fue una escuela revolucionaria de donde salieron científicos, escritores, directores de cine y pintores.

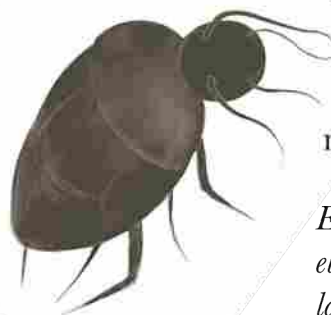
En la Residencia de Estudiantes, situada en la llamada Colina de los Chopos, Federico hizo grandes amigos: Emilio Prados, José Bello, Luis Buñuel (que sería director de cine muy premiado) y Salvador Dalí (el pintor catalán). Con este último tuvo

una relación muy estrecha de la que salieron varios poemas y alguna que otra discusión porque Dalí era un genio pero con un temperamento muy particular.



Se divertían mucho en la Residencia de Estudiantes. A veces jugaban a *los anaglifos*, que consistía en inventarse versos graciosos de la manera siguiente: primero se repetía una misma



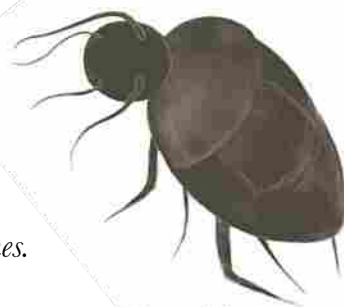


palabra, luego se decía «la gallina» y por último se empleaba el ingenio con alguna cosa sumamente rara. Un ejemplo es el siguiente:

*El té,
el té
la gallina
y el Teotocópulos*

O bien podría ser:

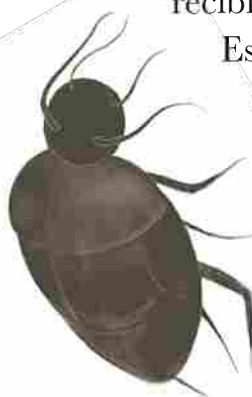
*El libro, el libro, la gallina y...
qué ganas tengo de que lleguen las vacaciones.*



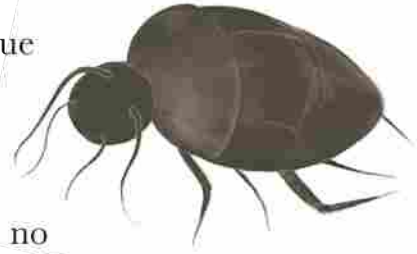
Era un juego muy divertido que ponía a prueba la imaginación de todos esos artistas cuando las clases habían terminado y necesitaban evadirse de las obligaciones.

Por aquel entonces, Federico, dio el salto a los escenarios llevando a escena su primera obra teatral titulada *El maleficio de la mariposa*. Cuenta la historia de unos insectos, sí, sí, unos insectos, en concreto de una cucaracha que se enamora de una mariposa. A pesar de tener un argumento muy original Federico recibió muy malas críticas siendo un fracaso rotundo.

Esto es un ejemplo de que los creadores casi nunca aciertan a la primera y hay que seguir insistiendo, porque si Federico se hubiera desesperado no habría escrito después los dramas que le reconocieron como un dramaturgo universal.



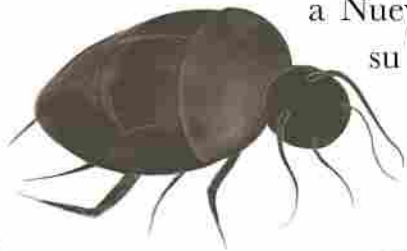
Poco a poco llegaron *Mariana Pineda*, que cuenta lo que le sucedió a esta mujer, ejemplo de valentía en la Granada del siglo XIX; *Yerma*, que es la historia de una muchacha que se obsesiona porque no puede tener hijos o *Bodas de sangre*, inspirada en un suceso verdadero que tuvo lugar en Níjar (Almería) y que ocurrió tras la celebración de una boda, terminando esta dramáticamente.



En estos años, García Lorca, siguió haciendo diversas cosas, centrado en la literatura. Tuvo un éxito arrollador con *El romancero gitano* que lo convirtió en un poeta consagrado y también puso interés en obras de títeres o guiñoles, además de dar conferencias o dedicarse a la música.

Su amistad con el músico más respetado del momento en España, Manuel de Falla, fue fundamental. Con él organizó un concurso de cante jondo en la misma Alhambra que se hizo muy famoso y posteriormente hasta se animó a recuperar canciones populares que había oído cantar de niño, esas que todos recordamos, como *Los cuatro muleros*, *El Café de Chinitas* o *La Tarara*.

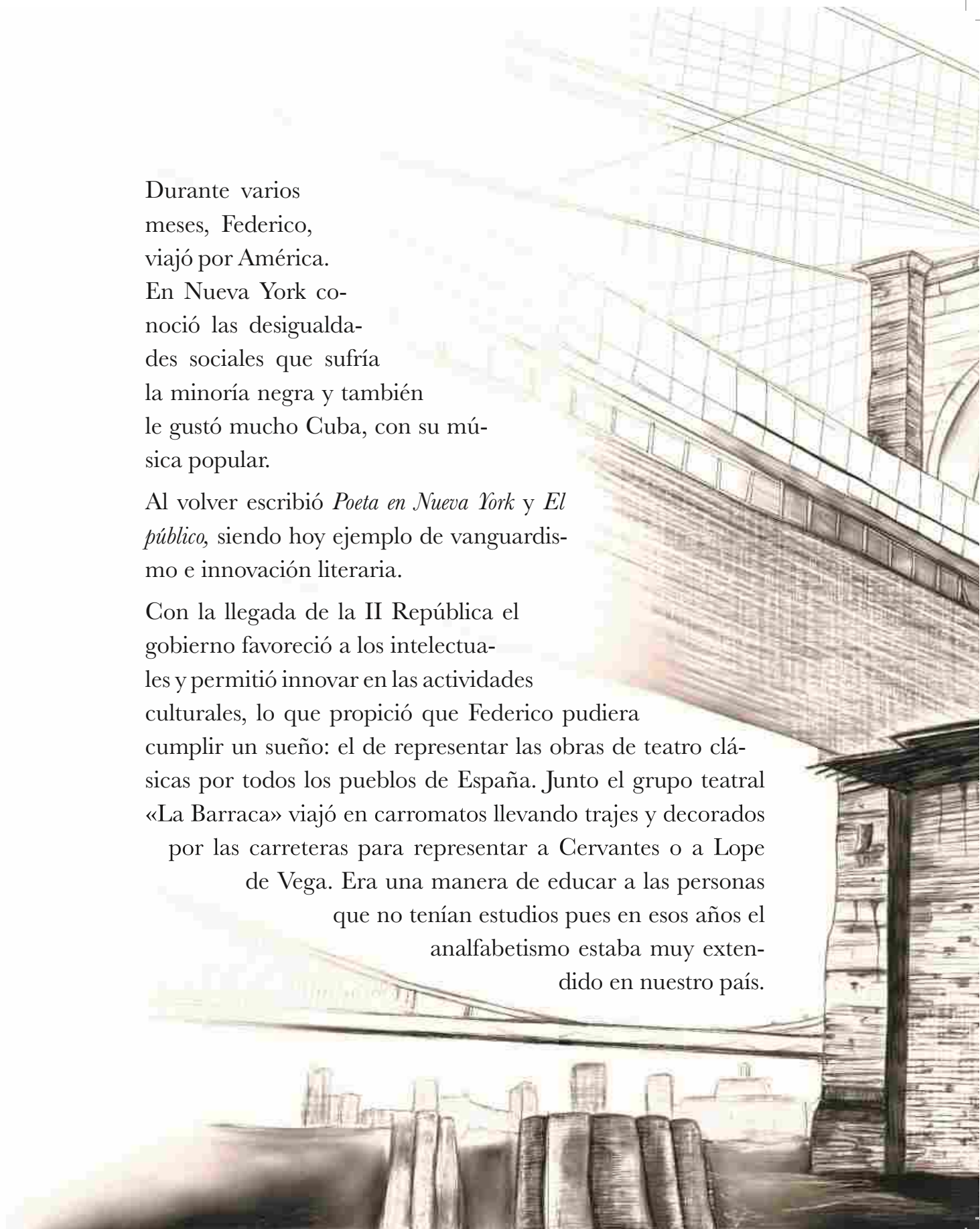
El tiempo pasaba, Federico se hacía mayor y España sufría cambios sociales que a todos afectaban. El poeta estaba triste, tenía mal de amores y se sentía algo aburrido, necesitaba hacer algo diferente y pensó en un viaje, un viaje a Nueva York, que le cambiaría su concepto de la literatura.

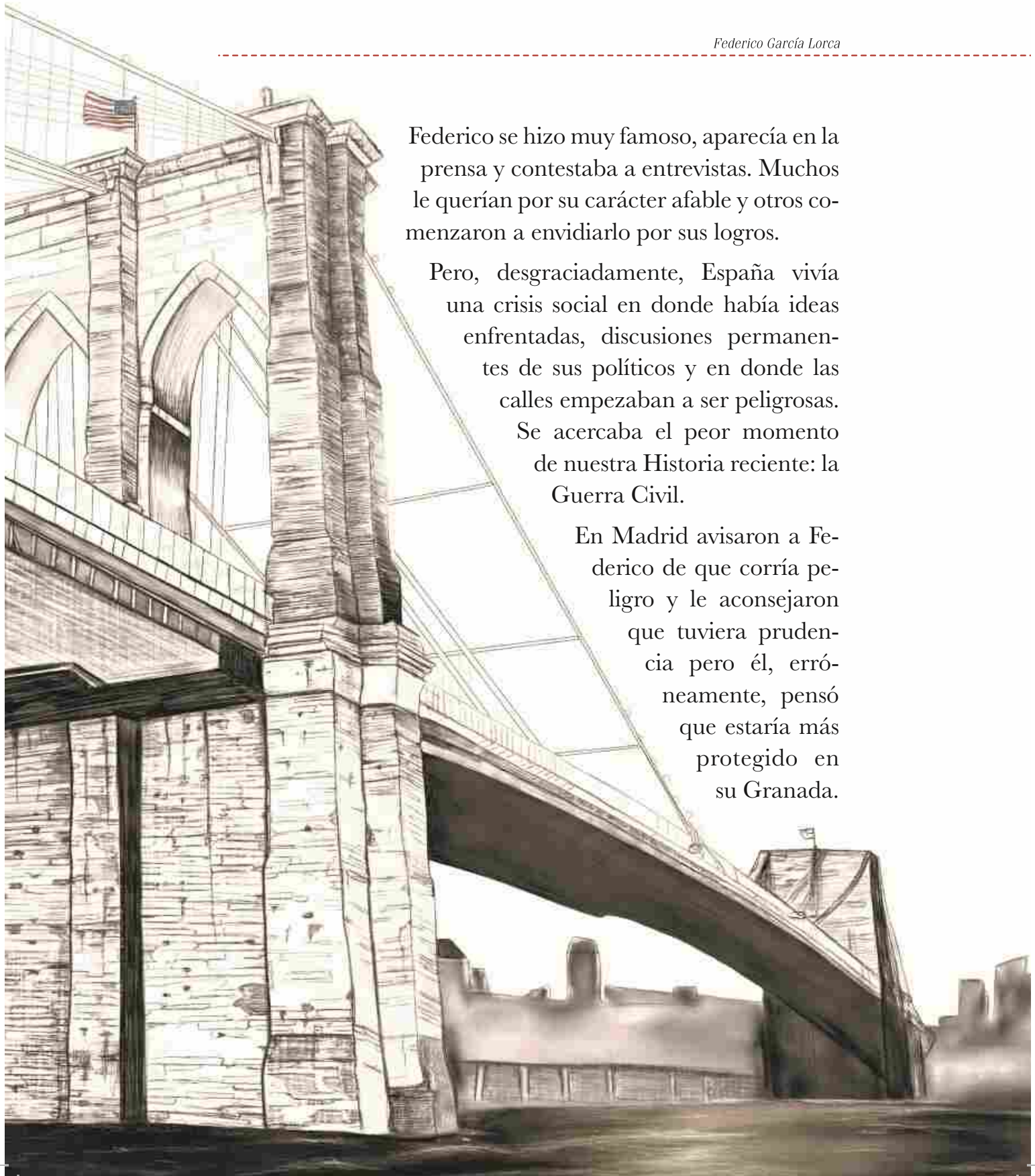


Durante varios meses, Federico, viajó por América. En Nueva York conoció las desigualdades sociales que sufría la minoría negra y también le gustó mucho Cuba, con su música popular.

Al volver escribió *Poeta en Nueva York* y *El público*, siendo hoy ejemplo de vanguardismo e innovación literaria.

Con la llegada de la II República el gobierno favoreció a los intelectuales y permitió innovar en las actividades culturales, lo que propició que Federico pudiera cumplir un sueño: el de representar las obras de teatro clásicas por todos los pueblos de España. Junto el grupo teatral «La Barraca» viajó en carromatos llevando trajes y decorados por las carreteras para representar a Cervantes o a Lope de Vega. Era una manera de educar a las personas que no tenían estudios pues en esos años el analfabetismo estaba muy extendido en nuestro país.





Federico se hizo muy famoso, aparecía en la prensa y contestaba a entrevistas. Muchos le querían por su carácter afable y otros comenzaron a envidiarlo por sus logros.

Pero, desgraciadamente, España vivía una crisis social en donde había ideas enfrentadas, discusiones permanentes de sus políticos y en donde las calles empezaban a ser peligrosas. Se acercaba el peor momento de nuestra Historia reciente: la Guerra Civil.

En Madrid avisaron a Federico de que corría peligro y le aconsejaron que tuviera prudencia pero él, erróneamente, pensó que estaría más protegido en su Granada.



Terminó de escribir *La casa de Bernarda Alba* y se la entregó a un amigo con miedo de que pudieran robársela. Por fortuna este la guardó a buen recaudo y con el tiempo se ha considerado una de sus obras emblemáticas. Representa una defensa absoluta de la libertad individual que Federico simboliza en una familia compuesta solo de mujeres y en la que la madre, Bernarda Alba, impone sus crueles normas.

Casi fue una premonición, porque Federico estaba a punto de perder la libertad e incluso su vida.

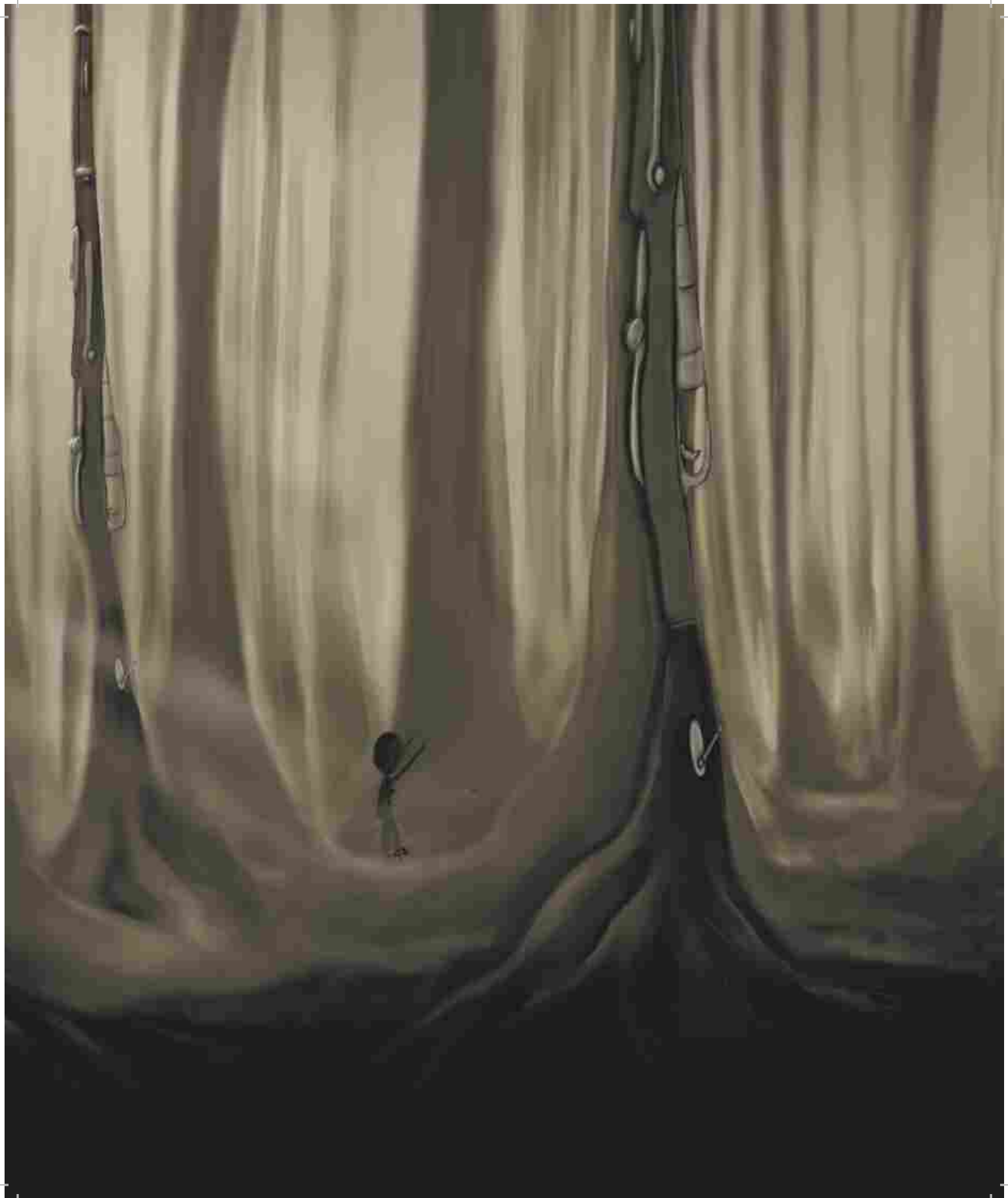
A la ciudad de la Alhambra llegó el dramaturgo para celebrar su santo, el día de San Federico, el 18 de julio de 1936 y se dirigió a la casa de verano de sus padres, la Huerta de San Vicente, un pequeño paraíso en medio de huertas y remanso de paz, al que acudía para tener inspiración.

Allí fue detenido y llevado al Gobierno Civil en los primeros días en que comenzó la guerra. Fueron momentos terribles para cientos, miles de familias, que como los García Lorca perdieron a muchos seres queridos.

A Federico lo asesinaron, es decir, lo fusilaron, dejando un gran vacío entre los granadinos que lo conocieron y en la literatura, pues nada volvió a ser igual que antes.

Algunos de su generación, que llamaron Generación del 27, sobrevivieron y pudieron seguir escribiendo, pero ninguno de ellos supo expresar como Federico el deseo de libertad individual y las pasiones del ser humano. Muchos le recordaremos como el gran poeta de todos los tiempos.





*Si muero,
dejad el balcón abierto.*

*El niño come naranjas.
(Desde mi balcón lo veo).*

*El segador siega el trigo.
(Desde mi balcón lo siento).*

*¡Si muero,
dejad el balcón abierto!*

[F. GARCÍA LORCA]

